

tricamente circular. Esta bifurcación o polibifurcación confirma la necesidad del viaje. Un viaje que consiste en salir de sí mismo para buscar, más allá de sus límites subjetivos, la propia unidad como individuo. Y otro viaje, ya no subjetivo sino geográfico, físico, donde la movilidad pone en fuga al viajero hacia otras ciudades, hacia otros paisajes. Los lugares que recorre, las ciudades visitadas (Rotterdam, Lisboa), e imaginadas (Itaca, Manoa) se convierten en una de las claves de su poesía y otorga la percepción de un suelo desde el cual el poeta dialoga con el mundo. Sin embargo el viaje acreditará, antes de nada, su condición movediza y cambiante, subrayará su inquieto itinerario para ofrecernos nuevamente un sujeto incómodo en su domicilio, constantemente atormentado por la idea de la fuga. De allí que sea el exilio (voluntario o no) el tema que surge inevitablemente, y que en Montejo cobra una especial y dolorosa importancia. Un exilio vivido en las afueras del territorio al que se pertenece (el trópico, Venezuela, en este caso), pero también un exilio sufrido en el mismo lugar de origen, situación que revela la incomodidad con el mundo en el que se vive, pero que a la vez refleja un doloroso juicio a su entorno: «Siempre quise otro reino, otra palabra».

Algunos críticos han querido ver la poesía de Eugenio Montejo como una poesía cósmica. Este término, desvirtuado por su uso excesivo y muchas veces inapropiado, otorga al trabajo del venezolano una cualidad desproporcionada, cuando no inexacta. Montejo es más un escriba del mundo que un poeta cósmico. Él no diseña ni ordena, él registra y dialoga. Es, en todo caso, una suerte de cosmógrafo mínimo: ni Pigafea, ni Humboldt. Su viaje lo anota en su cuaderno a la manera de Sterne en Francia o Montaigne en Italia. Es decir, su poesía es el producto de una contemplación íntima (emotiva) del mundo y no el registro, siempre gigante, de una cosmovisión. Su universo –multiversal– no es unitario ni ordenado, sino errante, nostálgico, próximo.

Partitura de la cigarra, libro totalmente inscrito dentro de la abrumadora coherencia de toda una obra, confirma definitivamente el sólido y privilegiado (aunque todavía no del todo reconocido) lugar que ocupa Eugenio Montejo en la poesía contemporánea escrita en nuestro idioma.

EROTICIS

